

que demuestre su oposición al sacrificio: «¡Gran Pachacamac! ¡Si no te agrada este sacrificio, esconde tu cara tan brillante!»; y acto seguido, el eclipse comienza a tapar el sol, provocando en boca del Inca un enorme signo de exclamación («!»), y aterrando a los indígenas, que se arrodillan o huyen despavoridos. El Inca pide piedad —«¡Perdónanos, extranjero, te lo ruego! Haz que luzca el sol otra vez... ¡Te daré todo lo que pidas!»—, y Tintín accede a ordenar el fin del eclipse: «¡Oh Sol, poderoso astro del día, yo te conjuro! ¡Sé clemente y ten piedad de tus hijos y dales tu luz!». Cuando vuelve la luz, el Inca ordena la libertad de los tres amigos, agradeciendo al Sol «por haberte dignado escuchar al joven extranjero» (59).

Harry Thompson ha comentado que, a pesar de lo ingenioso de la escena del eclipse en *El templo del Sol*, Hergé nunca se sintió contento con ella: «In retrospect, one cut Hergé would have liked to have made was the ending. It reads ingeniously enough.(...) In real life, though, the Incas were astronomers of some expertise. As worshippers of the sun they would have known all about a solar eclipse, a lapse in accuracy that always disturbed Hergé»<sup>13</sup>.

## Monterroso y Tintín

La preocupación de Hergé estaba justificada: es justamente este *lapsus* que provoca una irónica respuesta de Monterroso, en el texto «El eclipse», publicado en *Obras completas (y otros cuentos)*<sup>14</sup>. Este breve relato cuenta la historia de fray Bartolomé Arrazola, perdido en «la selva poderosa de Guatemala», que se despierta rodeado por unos indígenas que están preparándose a sacrificarlo ante un altar. El fraile logra comunicarse a medias con ellos, usando las lenguas nativas que había aprendido durante sus tres años en el país, y empieza a urdir una trama magistral:

Entonces floreció en él una idea que tuvo por digna de su talento y de su cultura universal y de su arduo conocimiento de Aristóteles. Recordó que para ese día se esperaba un eclipse total de sol. Y dispuso, en lo más íntimo, valerse de aquel conocimiento para engañar a sus opresores y salvar la vida.

—Si me matáis —les dijo— puedo hacer que el sol se oscurezca en su altura. (53)

El fraile espera la reacción de los indígenas, «confiado, no sin cierto desdén». No obstante, su trama fracasa, y en el último párrafo del cuento, Monterroso da la vuelta al desenlace de *El templo del Sol*, subvertiendo la carga eurocéntrica presente tanto en Hergé como en el fraile español:

<sup>13</sup> Hergé and His Creation: 136.

<sup>14</sup> *México, Era*, 1990: 53-54.

Dos horas después el corazón de fray Bartolomé Arrazola chorreaba su sangre vehemente sobre la piedra de los sacrificios (brillante bajo la opaca luz de un sol eclipsado), mientras uno de los indígenas recitaba sin ninguna inflexión de voz, sin prisa, una por una, las infinitas fechas en que se producirían eclipses solares y lunares, que los astrónomos de la comunidad maya habían previsto y anotado en sus códices sin la valiosa ayuda de Aristóteles. (54)

El argumento, como se ve, empieza siendo casi idéntico al de *El templo del Sol*: en ambos casos, los indígenas se disponen a sacrificar a unos europeos, y éstos intentan escapar del percance mediante el engaño, basándose en sus conocimientos privilegiados sobre el eclipse. Se podría resaltar, eso sí, la mayor verosimilitud del cuento de Monterroso, que ofrece un encuentro históricamente plausible, situado en el siglo XVI, en contraste con la imaginaria recreación del pasado de Hergé<sup>15</sup>; y también el reconocimiento, en Monterroso, de los problemas lingüísticos entre indígenas y europeos, algo que Hergé pasa por alto, con el desparpajo permitido por la flexibilidad genérica del cómic.

Significativa, por otro lado, es la diferencia de las formas en que Tintín y el fraile saben del eclipse venidero. Tintín, periodista de profesión, encuentra la información en una hoja de periódico que había guardado para hacer un fuego<sup>16</sup>. No es casual que el periódico, un fenómeno tan ligado a la modernidad europea, sea el instrumento que permite a estos europeos salvarse y engañar a unos indígenas ‘primitivos’, todavía empozados en la premodernidad. El fraile de Monterroso, en cambio, dispone de un «arduo conocimiento de Aristóteles», piedra angular de su «cultura universal», que le proporciona sus conocimientos sobre el eclipse. La equivalencia implícita dibujada aquí entre cultura grecolatina y universalidad, es indicativa de la visión eurocentrista de la modernidad, que negaría la importancia de una cultura aborígen.

Hergé renueva, y Monterroso hereda, el tópico tan pintoresco de los sacrificios humanos de la América precolombina, pero los ‘salvajes’ que el guatemalteco presenta no son ni buenos ni malos<sup>17</sup>; tampoco son ingenuos, sino *cultos*, poseedores de unos códices que les ofrecían, aun en la ausencia de Aristóteles, el legado de una cultura enormemente sofisticada<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> Francisca Noguero Jiménez, en su libro *La trampa de la sonrisa: Sátira en la narrativa de Augusto Monterroso, recuerda que ardides de la misma especie fueron constantes en la conquista de América, y señala que «El eclipse», que ha sido catalogado por la crítica como un cuento «fantástico», es, al contrario, bastante realista (Sevilla, Universidad de Sevilla, 1995: 83-84).*

<sup>16</sup> *El templo del Sol*: 52.

<sup>17</sup> *Que el fraile tenga el nombre de Bartolomé puede ser una alusión a Bartolomé de las Casas, cuya visión del ‘buen salvaje’ peca también de un eurocentrismo despectivo.*

<sup>18</sup> *Desde otra perspectiva, algo perversa, se podría leer «El eclipse» no sólo como un alegato contra el eurocentrismo de Hergé, sino también como una defensa patriótica de la cultura maya, frente al relativo ‘subdesarrollo’ intelectual de los incas.*

## Dicen los críticos...

«El eclipse» ha sido considerado un paradigma de la irreverencia de Monterroso. En palabras de Alfredo Bryce Echenique: «Monterroso no respeta a nadie ni nada. Un buen ejemplo sería *El eclipse*, verdadera burla de un misionero que piensa escapar a la muerte amenazando a los indígenas con un inmediato oscurecimiento del Sol»<sup>19</sup>. Otros han subrayado el castigo ejemplar provocado por la prepotencia intelectual del fraile: «No cabe duda de que el etnocentrismo del fraile es la causa de su defunción»<sup>20</sup>; aunque este castigo no deje de ser simbólico, como señala Saúl Sosnowski: «*El eclipse* es el triunfo de los mayas cuyos astrónomos obtuvieron ese conocimiento sin la ayuda de Aristóteles y la cultura que se ancló en sus postulados; es la victoria limitada al caso aislado que desde el humor vindica el conocimiento nativo y desplaza la arrogancia de la avanzada colonizadora»<sup>21</sup>.

Sin embargo, aparte de la satisfacción política que pudiera otorgar el cuento, con esta victoria limitada obtenida –literariamente– por la cultura oprimida, «El eclipse» ha sido considerado uno de los textos «menos felices» de Monterroso<sup>22</sup>. Esta opinión quizás tenga que ver con la sorpresa final, aparentemente demasiado fácil, o demasiado ingeniosa. Dice Jaime Labastida:

Monterroso es un escritor para escritores, que hace continuas referencias cruzadas en sus textos, que alude a otros escritores (siempre sin pedantería, siempre de modo autocrítico). Por eso es que, en muchas ocasiones, sus citas son implícitas: no considera imbécil al lector, sino que lo supone (cada autor se construye un lector, es decir, un interlocutor ideal, con el que dialoga) tan intransigente como él<sup>23</sup>.

Claro: la mayoría de los críticos (modernos: reacios a la cultura masiva) tienen una «cultura universal» y un «arduo conocimiento» de los escritores del Canon Occidental; pocos, en cambio, serán capaces de captar referencias cruzadas que vienen del mundo de Tintín (¿subliteratura para lectores *imbéciles?*), y de apreciar la riqueza (inter)textual de «El eclipse». Wilfrido Corral, en su estudio minucioso de la obra de

<sup>19</sup> «Augusto Monterroso o nuestra imagen ante un espejo», Oiga, Lima, 7 de Junio de 1974: 7.

<sup>20</sup> Wilfrido Corral, Lector, sociedad y género en Monterroso, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1985: 81.

<sup>21</sup> «Augusto Monterroso: la sátira del poder», en Marco Antonio Campos, intro., La literatura de Augusto Monterroso, México, UNAM, 1988: 150.

<sup>22</sup> Campos, «Alrededor de Augusto Monterroso», en La literatura de Augusto Monterroso: 23.

<sup>23</sup> »Informe sobre Monterroso», en La literatura de Augusto Monterroso: 89.

Monterroso, busca en el cuento una relación intertextual con tres otros relatos que escenifican un choque frontal de culturas distintas: *The Woman who rode away* de D.H. Lawrence, «La noche boca arriba» de Cortázar y *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* de Mark Twain. Afirma: «Al preguntarle este lector a Monterroso sobre la posibilidad intertextual de su cuento con las obras mencionadas, el autor respondió que quería hacer un ‘contra-Twain’, de manera que si su lector hubiera leído a Tintín no dejaría *El eclipse* y sentiría el mismo efecto en menos palabras»<sup>24</sup>.

La respuesta es característica de la actitud elusiva y juguetona que Monterroso suele adoptar en las entrevistas. Porque no cabe duda de que la relación intertextual establecida con Hergé, es muchísimo más directa que las que pudiera haber con los autores mencionados por Corral. Es una relación que enriquece la interpretación del cuento en varios sentidos. En primer lugar, «El eclipse», mediante su reescritura de *El templo del Sol*, deja constancia de que la actitud desdeñosa de los europeos hacia Hispanoamérica ha cambiado poco desde la Conquista hasta mediados del siglo XX. Muestra, por otro lado, que esta actitud pertenece no sólo a las élites (el fraile), sino que está compartida a nivel masivo (las ‘masas’ que leen a Hergé). De este modo, la parodia del cómic implica una crítica de la ‘Industria Cultural’, en su propagación de visiones estereotipadas del (tercer) mundo, que luego penetran en ese mismo mundo, sirviendo sólo para ensanchar las diferencias existentes entre los países del ‘centro’ y las periferias hispanoamericanas.

## Míster Taylor

En «El eclipse», Monterroso parodia la visión estereotipada del Perú ofrecida por Hergé en *El templo del Sol*. La desarticulación o deconstrucción de los estereotipos de Hispanoamérica, fomentados en los países del Primer Mundo, se observa también en el primer texto de *Obras completas (y otros cuentos)*<sup>25</sup>. «Míster Taylor» fue escrito en 1954 y, como ha afirmado el autor, «está dirigido particularmente contra el

<sup>24</sup> Lector, sociedad y género en Monterroso: 81.

<sup>25</sup> Carlos Monsiváis ha estudiado cómo, desde mediados del siglo XIX, se iba construyendo el estereotipo del mexicano: «El interés nacionalista de Estados Unidos ordena una visión del mexicano: cobarde, haragán, traidor, criatura del fandango, incapaz de un esfuerzo mental sostenido» («Penetración cultural y nacionalismo»: 83). La penetración cultural se consolida cuando los propios mexicanos, receptores de este estereotipo, acaban aceptándolo como la verdad: esta aceptación se ve facilitada, claro es, por la ubicuidad en suelo mexicano de los mass-media norteamericanos. Este mismo proceso se repetiría, de modos distintos y más distantes, también en los otros países de Hispanoamérica.